

renovación democrática necesita algo más que mejores leyes y políticas. Es una cuestión *profundamente* cultural que precisa deliberación y determinación de deliberación consciente, tanto personal como colectiva, para *definir metas cívicas comunes y los medios de perseguirlas*, una deliberación que halle espacio en la familia, los centros de enseñanza, las asociaciones voluntarias, los foros públicos, los medios de comunicación de masas y hasta los partidos políticos, si son capaces de dejar de lado su rampante electoralismo. Pero, sobre todo, en «comunidades morales» fuertes —en ausencia de discriminación no habría riesgo de «balcanización»—, capaces de cuestionar, desde principios sustantivos diversos, los *supuestos culturales* que restringen las opciones intelectuales disponibles para pensar el mundo hasta de los mejor intencionados.

¿Está el propio discurso de Wuthnow a la altura de esta tarea? Considerándolo una expresión más de la «cultura profunda» que analiza, se percibe como supuesto tácito un antiguo enunciado sapiencial: el poder sin rectitud moral conduce al fracaso y la perdición. La evidencia actual abunda: ante los desafíos del nuevo orden mundial, la globalización y el ascenso de nuevas potencias —China, India, Brasil o Irán, o áreas regionales como Asia Sudoriental o el mundo islámico—, si Estados Unidos aspira a seguir siendo el «faro de la libertad», es decir, la potencia hegemónica en el mundo postsoviético, deberá recobrar el liderazgo moral mundial que ha perdido y que —piense lo que quiera la vanidad europea— sigue vacante. Por otra parte, el aprecio de los inmigrantes como quienes pueden tender puentes culturales con

otras naciones y hacer nuestras culturas más ricas y efectivas es una buena manera de comenzar a intentarlo.

Por cierto que... ¿cuáles son y dónde están, si es que existen, los «mitos *européos*»? ¿Qué «pueblos», «naciones» o «estados» europeos están aún lo bastante vivos como para producir y reproducir ese tipo de relatos de identidad y propósito? Esas narraciones, ¿convergen en una gran narrativa continental, divergen, se ignoran mutuamente o se comunican misteriosamente entre sí como los miembros de una manada de viejas ballenas? ¿Qué relación —narrativa— existe, se desarrolla o se degrada entre «Europa» y la Unión Europea? Acaso nos vendrían bien algunos relatos de y sobre tales relatos.

Juan Manuel IRANZO AMATRÍAÍN

---

**Harold Garfinkel**

## Estudios en etnometodología

(e.o. 1968, traducción de Hugo Antonio Pérez Hernáiz; Barcelona, Anthropos, 2006)

---

Al objeto de recordar que, *además* de una actividad profesional especializada, la investigación social es también una actividad «ordinaria», esto es, una característica endógena o propia de los diferentes campos/objetos de estudio definidos por la ciencia social, nada resulta tan útil como la llamada *etnometodología*, una línea de investigación radicalmente «radi-

cal» sobre los procedimientos rutinarios de comunicación verbal (métodos conversacionales) y escrita (métodos documentales) que sustancian el conocimiento de sentido común de las estructuras sociales de la vida cotidiana. El programa de este cuerpo de investigaciones fue esbozado inicialmente por el sociólogo estadounidense Harold Garfinkel en una serie de trabajos publicados entre fines de la década de 1950 y principios de los sesenta, cuyas fuentes originales de inspiración teórica (léase también: legitimación académica) —principalmente, la teoría de la acción social de Parsons, la fenomenológica social de Alfred Schutz y el pragmatismo lingüístico del segundo Wittgenstein— se renovaron años más tarde con el añadido de una extraña mixtura de «cosas sociales» durkheimianas entendidas, a la manera heideggeriana, como «cosas» a secas.

La etnometodología, pues, nace inserta en la línea genealógica de reflexión sociológica académica sobre la cuestión del profesionalismo como eje central del modo de diferenciación compleja y organización descentralizada de las sociedades modernas. Esta línea —que incluiría también en lugar destacado el modelo corporatista de integración social desarrollado por Durkheim (*De la división del trabajo social*, 1902)— tiene como hito mayor la formulación de la teoría weberiana del *pro-*

*fesionalismo (beruf)* como eslabón perdido entre la sociedad capitalista y la teología cristiana (*La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, 1905). Los escritos de Weber sobre la profesionalidad como religión secular y almacén normativo de uso común influirán luego notablemente, durante la primera mitad del siglo xx, en la formulación de una teoría del orden social de carácter explícitamente normativo (moral) en la sociología de la acción de Parsons (*Hacia una teoría general de la acción*, 1951, con Edward Shils, y *El sistema social*, 1951). También es de inspiración weberiana la fenomenología de la acción y de los mundos sociales de Alfred Schutz (*El problema de la realidad social*, 1962, y *Estudios sobre teoría social*, 1964). Del conflicto entre la teoría científica de la acción social de Parsons y los trabajos de Schutz sobre la metodología investigadora implícita en la acción social ordinaria surgirán, a principios de la década de los 1960, una serie de investigaciones concretas sobre la *quiddidad (quiddity)* y la *ecceidad (haecceity)* especiales del profesionalismo sociológico llevadas a cabo por Harold Garfinkel y sus varias generaciones de alumnos.

El problema con Garfinkel —además de su horripilante forma de escribir<sup>1</sup>— es que su nombre va instintivamente aparejado, en la memo-

<sup>1</sup> De la «deliberada singularidad» del muy ortopédico estilo de escritura de Garfinkel —esa especie de inglés con sintaxis alemana— puede decirse, como dice George Steiner de la forma de escribir de Heidegger, que es sentida por el lector como algo «repelente o fascinante o como una mezcla de las dos cosas» (G. Steiner, *Heidegger*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 245).

ria colectiva de la academia sociológica internacional, a ese cómico, inquietante oximorón académico que es la «etnometodología». Pero aunque asociable y reiteradamente asociada, en las mentes de muchos sociólogos académicos que comenzaron su carrera profesional en la década de 1970, a una larga retahíla de «-ismos» académicos (fenomenología social, sociología de la vida cotidiana, interaccionismo, microsociología, constructivismo, postmodernismo, etc.), la etnometodología garfinkeliana, presentada inicialmente en sociedad, a principios de la década de 1960, como el estudio científico de las actividades ordinarias consideradas en tanto que actividades metódicas, reclama, cuatro décadas después, una definición inversa de aquélla. Esto es, el programa de la etnometodología se ofrece hoy como un cuerpo de estudios de la práctica científica considerada en tanto que actividad de descubrimiento de los procedimientos metódicos de la vida ordinaria.

\* \* \*

Un decidido profesor venezolano se ha atrevido ahora a verter al castellano el texto completo, difícil y portentoso como ninguno, del gran

clásico de la etnometodología californiana, los *Studies* de Garfinkel, cuya edición original en inglés está hoy cerca de cumplir los cuarenta años. Y la editorial Anthropos, de Barcelona, publica ahora la traducción del profesor Pérez. La traducción es maravillosa; daré un ejemplo que me ha llegado al alma. Sea el capítulo final de la obra original, «Sobre las propiedades racionales del conocimiento científico y del conocimiento de sentido común», un trabajo considerado hoy por muchos el manifiesto fundacional de las nuevas historias sociológicas, sociologías históricas y antropologías transhistóricas del conocimiento científico que impactan por doquier en la academia sociológica de principios del siglo XXI. «Lejos de tratar prosaicamente la distinción entre lo social y lo científico como un recurso para contar un relato histórico, pretendo convertirla en un tema de investigación»<sup>2</sup>. En efecto, la inversión metodológica que consiste en convertir las distinciones metodológicas sobre las que se apoya el investigador especializado para hacer su trabajo en objetos de investigación metódica especializada, es una de las definiciones posibles de la etnometodología<sup>3</sup>. En fin, las enseñanzas que la comunidad de estudiosos académicos del trabajo científico puede extraer del capítulo

<sup>2</sup> S. Shapin, *La revolución científica*, Barcelona, Paidós, 1999, p. 27. Véase también el artículo de M. A. Ferreira, «Más allá del laboratorio: la antropología del conocimiento científico como apuesta metodológica», *Política y Sociedad*, 37, 2001, pp. 105-126.

<sup>3</sup> Véanse aquí estos dos estudios etnometodológicos de inspiración cien por cien garfinkeliana: E. Livingston, «A Statistics exercise», en Livingston, *Making Sense of Ethnomethodology*, Londres, Routledge, 1987, pp. 31-49 (sobre el formato característico de problemas con solución numérica en los manuales de estadística aplicada a las ciencias sociales), y C. Pack, «Features of signs encountered in designing a notational system for transcribing lectures», en Garfinkel (ed.), *Ethnomethodological Studies of Work*, Londres, Routledge & Keegan Paul, 1986, pp. 92-121 (sobre los métodos de trabajo de un transcriptor de cintas de audio).

final de los *Studies* de Garfinkel se desarrollan extensamente en la influyente obra de Michael Lynch *Scientific Knowledge and Ordinary Action. Ethnomethodology and Social Studies of Science* (Nueva York, Cambridge University Press, 1993).

Pues bien, una proposición clave, dentro de la exposición sobre las propiedades racionales diferenciales del conocimiento científico y del conocimiento de sentido común, contiene la expresión inglesa *clarity for clarity's sake*. El autor de esta reseña, en sus notas de lectura y en sus propios escritos investigadores, suele traducirla como «la claridad por la claridad misma» o, más frecuentemente, «la claridad con un fin en sí mismo». En la página 301 de la versión castellana que ahora se publica, el profesor Pérez Hernáiz escribe «la claridad por su propio bien». Hermoso y preciso, no del todo garfinkeliano, vale —el mesías cabalístico de la sociología no resistiría un fin de semana en el Caribe—, pero entiendo que esa sola expresión podría servir como piedra angular para comenzar a construir el edificio de la etnometodología en castellano.

Ya me hubiera gustado a mí haber sido quien llevase a cabo esta gloriosa tarea de traducir los *Studies* de Garfinkel al castellano, pero, ciertamente, como me decía un amigo, por más que nos esforcemos, las penúltimas generaciones académicas de por aquí —pongamos

los que estudiamos en la Complutense a principios de los años noventa del siglo pasado— ya nunca lograremos alcanzar el nivel suficiente de adoración por un autor ni de reverencia a un texto que se requiere para emprender un trabajo tan maravilloso como el que hemos venido a glosar aquí<sup>4</sup>. No es que seamos más vagos o se hayan extinguido entre nosotros los hábitos disciplinarios que requiere la minuciosidad propia del trabajo académico. Simplemente estamos en otra. (Lo cual, en los casos más aberrantes, quiere decir sencillamente que ese clásico foráneo que habría que traducir a nuestra lengua lo quiere escribir directamente el chache, en la lengua de mamá, y que el traductor sea ahora algún otro nene de Baltimore, Toulouse, Trento o Dresde.)

Por lo demás, uno es —con todas las reservas que ahora nos hacen tanta falta (véase más abajo)— declaradamente fan de la obra original que aquí se traduce. Tanto como para haber intentado y enviado a la imprenta variaciones sociológicas sobre dos de los más famosos objetos intelectuales descritos en los *Studies* de Garfinkel: 1) los métodos de trabajo de los jurados populares (capítulo 4: «Algunas reglas de toma correcta de decisiones que los jurados respetan»); y 2) los tan sencillos como diabólicos —«se pidió a los estudiantes registrar conversaciones comunes, poniendo del lado izquierdo de la planilla lo que las partes efectivamente dijeron y, en el lado derecho, lo

<sup>4</sup> Agradezco al profesor Sergio Ariza esta observación tan certera.

que ellos y sus compañeros entendieron de la conversación» (p. 36; y el capítulo 2: «Estudio sobre las bases rutinarias de las actividades cotidianas») — «experimentos de ruptura» (*breaching experiments*), verdaderas pruebas de esfuerzo para el razonamiento sociológico práctico o lego. Uno de aquellos experimentos, ese, también archifamoso entre los iniciados de la secta *ethnoschmethno*, en el que el investigador construye de forma exitosa un «orientador robot» capaz de asesorar a estudiantes candidatos al ingreso en escuelas de medicina sobre cómo deben comportarse en las entrevistas de selección (cuyos métodos y resultados se detallan en las páginas 71-79 del capítulo 3: «Conocimiento de sentido común de las estructuras sociales: el método documental de interpretación en la búsqueda lega y profesional de datos»), inaugurará, por cierto, una vía subterránea de investigación científico-social aplicada en el campo del diseño ingenieril de sistemas de inteligencia artificial<sup>5</sup> que, tras varias décadas olvidada, fue reabierta con gran éxito académico y mundano en la década de 1980 por un puñado de etnógrafos de la comunicación hombre-máquina con residencia en los laboratorios de investigación de nuevos productos de las empresas de Silicon Valley.

Saludo, pues, con reverencias, piruetas, triples mortales, palmas y olé la llegada de los *Estu-*

*dios en etnometodología* a los estantes de las librerías y las bibliotecas de por las inmediaciones. Animo primero de todo, aunque eso va acaso de suyo, a colegas y estudiantes, potenciales lectores todos, a abrir este libro y echarle un vistazo —un sitio que me parece excelente para empezar son las páginas 21-28 del capítulo primero («¿Qué es la etnometodología?»), en las que el sociólogo-a-su-pesar examina el (macabro) trabajo conjuntamente llevado a cabo por el personal del Centro de Prevención del Suicidio y la Oficina del Jefe Médico Examinador de Los Ángeles orientado a garantizar la autoridad científica de los Certificados de Muerte (y defunción) que redactan los empleados de la segunda de las oficinas angelinas... «dentro de los límites de las certezas prácticas impuestas por el estado del arte» (p. 21) —. Más aún, animaría incluso, o mejor incitaría, a otros valientes y esforzados del imperio de esta lengua castellana a que se atrevan con la traducción de otras obras capitales del *corpus* de estudios etnometodológicos que la patrulla perdida de los sociólogos, el pequeño batallón suicida disperso entre los departamentos de sociología punteros a nivel internacional, ha ido acumulando a lo largo de más de medio siglo. Doy aquí, por lo que pueda valer, los datos bibliográficos completos de un par de piezas mayores asociadas con la marca registrada *Harold Garfinkel*, que es a la etnometodología californiana lo que

<sup>5</sup> Sobre los orígenes militaroides de la experimentación garfinkeliana con varios protocolos estándares del test de inteligencia artificial Turing —incluidas numerosas experiencias como «ajedrecista rupturista»—, véase A. J. Izquierdo, «*Apocalypse Now* en la Aldea Global (o no)», en A. Ariño Villaroya (ed.), *Las encrucijadas de la diversidad cultural*, Madrid, CIS, 2005, pp. 253-278, pp. 268-269.

los *Kellog's* al desayuno de cereales de todos los niños del mundo:

1) *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aphorism*, el tan esperado como postergado (fue publicado en 2002, esto es, treinta y cuatro años después de la aparición de la obra que ahora sale en castellano, por Rowman and Littlefield Publishers, de Lanham, Maryland) segundo catecismo de Garfinkel. A las nuevas camadas de estudiantes universitarios que, en este principio de siglo XXI, siguen descollando entre sus compañeros de las Facultades de Sociología de medio mundo tanto por sus buenas notas como por su extrema fragilidad cultural, el viejo profesor chiflado les instruye aquí, entre otras muchas cosas, sobre cómo hacer para replicar los famosos experimentos de las bolas que bajan por el plano inclinado de Galileo, a recomponer la sensación de «barullo en torno a la máquina de café» que experimenta una estudiante ciega a medida que se acerca a por un vasito, o a distinguir entre el timbre de una llamada telefónica que «es para ti» y el de una llamada telefónica que «no es para mí». Y también a mirar los dibujitos del folleto de instrucciones de la muy concreta manera que exige la tarea de montar una silla de jardín plegable, como esas que venden en el Ikea, «mientras yo voy haciendo la cena, venga, Harold, no serás tan torpe». Todo un hombre (*A Man in Full*), vamos, y con lo que hay que tener (*The Right Stuff*) muy bien puestecito, el autor de este pedazo prodigioso de la historia de las ciencias sociales. (Se entiende, pues, que al hilo de cuya primera lectura cierto sociólogo de la ciencia parisino muy simpático vino a observar algo muy parecido a lo siguiente: «El primer libro de Garfinkel

[los *Studies* que ahora salen en castellano] me fue de gran utilidad para mi tesis, pero [al ojear este nuevo volumen] me he dado cuenta de que este tío y algunos de sus estudiantes están completamente chalados».)

2) Los cuatro volúmenes de la obra, editada por Michael Lynch y Wes Sharrock, *Harold Garfinkel* (Londres, Sage, 2003), un total de 1.648 páginas donde se recogen, clasificados en siete secciones (declaraciones de intenciones, críticas y reacciones, etnometodología y otras perspectivas, métodos como temas y recursos, del problema de la realidad a la producción de realidad, estudios sobre organizaciones e instituciones y estudios del trabajo en las profesiones y las ciencias), ochenta de los trabajos más significativos de los fieles más sobresalientes de la secta de los *EMists*: Aaron Cicourel, Donald Zimmerman, Lucy Suchman, Jeff Coulter, Harvey Sacks, Melvin Pollner, Graham Button, Egon Bittner, Michael Moerman, David Goode, Kenneth Liberman, Paul Drew, David Sudnow, D. Lawrence Wieder, Ken Morrison, Albert Robillard, Howard Schwartz, Dough Macbeth, Charles Goodwin, Eric Livingston y otros cuantos más, tampoco muchos.

\* \* \*

Para aquellos sociólogos, estadounidenses y europeos sin distinción, que viven confortablemente en la creencia de que de la explosión de un supuesto paradigma «estructural-funcionalista» previamente dominante surgió un hermoso y florido «archipiélago» de «ismos» sociológicos inconmensurables entre sí pero férreamente vinculados como parte de esa unidad

de destino institucional en lo universal que sería «la sociología», el nombre de Harold Garfinkel es, si conocido, lo cual es poco probable, sinónimo de «mesianismo descalabrado»: el primer, gran y casi único damnificado del fracaso sin paliativos de una pretendida «nueva ciencia social» de la que él se habría erigido en fundador y padrino absoluto, y que fuera propuesta en su día como «alternativa radical» a la sociología «ortodoxa y oficial» en aquella larga, y para muchos infausta, primavera de la vida que fueran los años de «mediados de los sesenta».

El mundo, a diferencia de la imagen de sí dominante dentro de la profesión sociológica, ha cambiado mucho desde entonces, y el proyecto etnometodológico —como el propio Garfinkel— sigue, contra todo pronóstico, vivo y coleando<sup>6</sup>. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que el carácter de su *alma mater* se haya hecho menos arisco con los años, ni tampoco que se haya hecho más *cantabile* su «omino-sa» versión de la práctica sociológica. De hecho, en el segundo caso, más bien ha sucedido lo contrario: a la vista de sus formulaciones más recientes —aparecidas de manera infre-

cuenta y harto dispersa en cuanto a sus medios de publicación durante las décadas de los ochenta y los noventa y presentadas de un modo más insistente, ya que no menos astroso, en su *Ethnomethodology's Program. Working Out Durkheim's Aphorism* (2002)—, puede decirse que el «programa de la etnometodología», que Garfinkel define ahora como un intento de recuperar «la sociedad ordinaria inmortal de Durkheim» como conjunto de hechos sociales reales, ha ganado a la vez en *radicalismo* —visto desde el punto de vista de la teoría social<sup>7</sup>— y en *banalidad*, cuando se lo considera como lo que realmente es: una empresa estricta y ridículamente «práctica», algo así como un *curro en sí y para sí* que, dependiendo del espíritu empresarial imperante en cada momento y lugar, puede o no llegar a ser factible en el mundo real.

Por lo que nos cuentan los propios sociólogos que se ocupan de estas cosas, este inicio del siglo XXI no es, ni con mucho, el peor momento para atreverse a vivir de este «cuento». En efecto, a lo largo de la década de 1990 algunos conspicuos elementos del vasto *corpus* biblio-

<sup>6</sup> Garfinkel, nacido en Newark, Nueva Jersey, 1917, y residente en Los Ángeles, California, desde la década de 1950, cumplió 89 años el 29 de octubre de 2006.

<sup>7</sup> «Si el programa [de estudios híbridos del trabajo] hubiera logrado germinar dentro de la academia sociológica, su principal consecuencia habría sido la dispersión del “hogar” de la disciplina a lo largo de innumerables campos híbridos... Dado que la variante etnometodológica propugnada por Garfinkel renuncia a especificar un núcleo de métodos y conceptos teóricos, el efecto final habría consistido en la disolución de toda apariencia externa de fundamentación para las ciencias sociales académicas. [...] A menos que la etnometodología quisiera establecerse como una especie de disciplina maestra —una disciplina de todas las disciplinas— el requisito de adecuación único de los métodos impuesto por Garfinkel no sería sino un mero pretexto para el viaje sin retorno a las afueras de la sociología» (M. Lynch, *Scientific Practice and Ordinary Action. Ethnomethodology and Social Studies of Science*, Nueva York, Cambridge University Press, 1993, pp. 274-275).

gráfico de los estudios etnometodológicos que han tratado de evidenciar el carácter irremediable, inexcusable y radicalmente ordinario y carente de interés de los fenómenos concretos de orden social, han sido re-empaquetados por los profesionales de la investigación comercial y la planificación publicitaria bajo la etiqueta de «fundamentos científicos» de la «eficacia tecnológica» de la extensa panoplia de técnicas de «*marketing virtual*», «ambientación de espacios de compra» y «consumo experiencial» empleadas por los nuevos líderes del mercado global de marcas comerciales, empresas como Nike, Amazon.com, The Body Shop, Starbucks, Sega, Ikea, Disney, Calvin Klein, etc.<sup>8</sup>

La profesora Lucy Suchman, una de las principales responsables del reciente *revival*, en la sociología y la antropología estadounidenses y europeas, del aparentemente superado y olvidado cisma etnometodológico de los años sesenta, ha conjeturado<sup>9</sup> que la inesperada atención mediática que recibieron en EE.UU., a mediados de la década de 1990, una serie de oscuros proyectos académicos de descripción etnográfica fina del trabajo de diseño industrial<sup>10</sup>, podría interpretarse como otro de los

síntomas estratégicos de la astuta trans-mutación histórica llevada a cabo por la cultura materialista. El síndrome más general de esta mutación, el surgimiento de un «Capitalismo Artista», ha sido diagnosticado recientemente por los sociólogos franceses Luc Boltanski y Eve Chiapello<sup>11</sup>.

A. Javier IZQUIERDO MARTÍN

---

## Andrés de Francisco

### Ciudadanía y democracia: un enfoque republicano

(Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007)

---

Los estantes de nuestras librerías están abarrotados de títulos que utilizan los términos «democracia» o «ciudadanía» como reclamo publicitario. Los hay mejores y peores. Algunos son ensayos o investigaciones de gran rigor e interés, otros son publicaciones de escaso va-

<sup>8</sup> D. Ruskoff, *Coerción. Por qué hacemos caso a lo que nos dicen*, Barcelona, La Liebre de Marzo, 2001.

<sup>9</sup> L. Suchman, «Anthropology as "Brand": Reflections on corporate Anthropology», publicado por el Department of Sociology, Lancaster University, en <http://www.comp.lancs.ac.uk/sociology/soc058ls.html>, 3.

<sup>10</sup> Los proyectos de investigación de mayor impacto mediático en este sentido han sido los intentos de hibridación de modelos computacionales y modelos interaccionales de análisis en el contexto del diseño ingenieril de sistemas de procesamiento de información, auspiciados por el Centro Xerox PARC de Palo Alto, en California, fundado y dirigido por la propia Suchman.

<sup>11</sup> L. Boltanski y E. Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal, 2002.